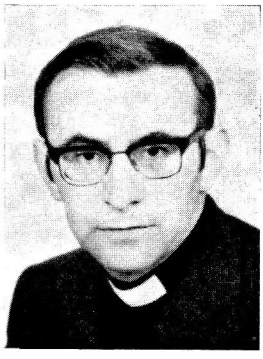
ANTONIO CASTRO Y CASTRO

DISTANCIAS

INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

ZARAGOZA

1972



ANTONIO CASTRO Y CASTRO

Nacido en León, estudió en Salamanca y en Roma.

Es Sacerdote Operario. Siendo Rector del Seminario Metropolitano de Zaragoza recibió el premio de este libro de poemas.

Actualmente es Rector del Pontificio Colegio Español de San José, de Roma.

Además de sus estudios teológicos, especialmente en torno a Unamuno, se ha dedicado a la creación literaria.

Ha recibido varios premios por poemas diversos (Madrid, Valdepeñas, León, Elche, Valencia, Teruel).

También cultiva la narración corta o el cuento, habiendo obtenido los siguientes premios: Premio Nacional **Ademar,** 1964; Premio Nacional Universitario **Ramón Lull,** 1967; **Hucha de Plata,** 1971.

De fuerte inspiración de tipo metafísico y teológico, la obra de Antonio Castro está llena de ternura y sensibilidad. Su arranque caótico, pasional, se convierte en poema gracias a la unidad metafísica o teológica de casi todas sus congojas.

Sobresale en él el vigor de la palabra, con su ritmo y su resplandor metafórico. Leonés, más que castellano, su lenguaje tiene sabor a tierra. Y es la esperanza la altura buscada de todas sus dolencias.

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/0554

Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

DISTANCIAS

Colección "San Jorge"

5

Accésit

al

Premio «San Jorge»

1971

ANTONIO CASTRO Y CASTRO

DISTANCIAS

Institución "Fernando el Católico"

Zaragoza

1972

Publicación núm. 522
de la
Institución "Fernando el Católico"

IMPRESO EN ESPAÑA
Depósito legal: Z-239-72

Talleres Gráficos "La Editorial". Coso, 70. Zaragoza. 1972

Algunos de mis cariños...

Vendrá de noche con su paso quedo.

M. DE UNAMUNO

Un azul dirigido
llena el mundo.

PABLO NERUDA

La nieve de empezar a ser bastante
sigue cayendo.

LUIS ROSALES

Tres álamos inmensos
y una estrella.

LORCA

Lo más triste de Dios
es que no puede creer en Dios.

GLORIA FUERTES

¡Oh siempre adolescente pensamiento!

LEOPOLDO PANERO

Como un desgarramiento de barro

A veces, Señor,
la tierra es tierra para mí.
Sólo tierra.

Es
como un desgarramiento
de barro
mi historia.

A veces
hasta las pupilas son de barro.

Pesa en ellas la luz, se hacen
escombros los deseos.

Se hacen astillas a veces las palabras.

Se hacen volcanes derretidos,
desangrados
las horas.

A veces me oprimen mis penumbras.
Hasta mis nidos se me llenan de vientos
muy oscuros.

Vientos que se agolpan ocultándome.
Vientos que se marchan
duramente hirientes sobre mis árboles.
Me persigue el Moncayo.

Pasan llenos de arena fría.
Pasan soledades empujadas
hacia lo ausente.

Pasa el frío sobre el frío.

Sobre la prisa pasan los dolores
de la nada.

Porque es la nada
la que sufre
entre mis pliegues
de esperas.

Porque es la nada,
la palpitación de la ausencia,
el vaciamiento de mis manos que aprietan
la nada,
lo que me duele.

Se congrega el vacío entre mis dedos
de barro, entre mis grietas.
Soy como un cántaro roto,
roto por vientos que huyen hiriéndome,
que huyen para existirse
en mi grito
opaco.

Como un árbol agarrado a la noche
de la nada
soy.

Como un peregrino sin ojos
a ratos
existo,
sin sendas, barro vertical
y nocturno.

Como una piedra que supiese sufrir.

Como una roca que por peso tuviese conciencia.
Como una roca que se desgastase
hacia la propia conciencia de ser opaca,
y moribunda.

A veces,
Señor,
todos los árboles son manos mías,
entre los vientos inasibles,
manos que agarran la nada,
que huye
sufriendo, haciendo sufrir
por las llanuras de los días.

A veces
todos los zarzales retuercen mis penas
entre sus reptiles
más ocultos.

A veces van corriendo por lo vacío de la tarde
mis últimas luces
acosadas por el tiempo.

Hay noches en que lo opaco
me abraza.

Como si yo fuera un pozo lleno de tinieblas,
como si fueran tinieblas mis aguas abundantes,
tinieblas que crecen y construyen las noches
de lo triste
universal.

Hay mañanas en que voy
por todos los ríos
buscando peces,

y todos me huyen,
huyen por el agua que huye.
Huyen por el silencio.
Hasta de noche huyen
como si las estrellas supieran sostenerse
sin huir.

Pero también huyen.
También huyen las estrellas
de sí mismas.

Huyen por lo opaco sobre el tiempo.
Comunitariamente errantes por mis noches.

A veces,
como de pronto incendiados mis bosques,
se detiene la luz
sobre mi cara,
nacen auroras y certezas,

y es el amor,
mi amor,
toda la luz congregada
sobre lo limpio.
Es posible, a veces.

A veces es posible la verdad,
el color de los recuerdos,
su ternura,
el camino de los aires,
el sonido de las distancias,
la conciencia.

De pronto me voy por el mundo
con los que sonríen.
Con los enamorados.

Me voy hacia la nieve
y la bendigo.

Toco los fuegos
y los convierto en palabras.

Levanto los montes
para ver la tierra de la esperanza.

Asciendo por las galerías
de cada árbol
hacia la luz.

Asciendo por el camino de los ojos,
de mis ojos,
hacia lo infinito que no veo,
pero camino, asciendo.

Y responde la mirada
dándome primaveras.

Otras veces soy hermano de todo lo amarillo
de los chopos.
Soy humilde como las hojas que se caen
de tanto decir adiós a los vientos,
de tanto querer ser viento ellas mismas
—como el hombre—
sobre la distancia
de la tierra redonda.

Hay días en que todos los manantiales
manan esperanzas
en mis abismos.

Y extiendo mis lagos,
el color de mis deseos,
los extiendo,
sobre rocas limpísimas de silencio
que sólo existen
para la luz y los rostros
sonreídos.

A veces
manan
llamadas
como de niños
que quisieran existir.

A veces
todas las golondrinas, los vencejos
todos,
y las palomas,
y la soledad de la luz,
y las campanas
me llaman.

Me llama hasta la tierra.
El barro
me llama.

Y voy arando mis esperanzas,
mi sequía,
mis cortezas.

Voy abriendo mis sementeras
a la luz.

A veces me pongo a recorrer todos los surcos
de mi historia.
Como si fuera yo mismo un viento
lleno de luz
que acaricia sobre mis llanos abiertos
mis raíces
más oscuras.

A veces
la soledad es mi distancia de hombre.

¡Qué bella es mi soledad llena de distancias!

Es bello verse,
existirse,
entre distancias.

Pero cuántas noches se precipitan
y borran mis distancias
santas,
¡cuántas...!

¿Por qué existe lo opaco?
¿Por qué se borran
los tamaños?
¿Por qué hasta en lo oscuro duelen
los dolores?

¿Por qué es opaca
la carne,
y es opaco
el tiempo,
y la alegría
por qué es
opaca?

¿Por qué tienen prisa las sorpresas
y mueren
de pronto,
y las sonrisas?

¿Por qué se marchan
los impulsos?

¿Y por qué no es luz la noche misma?

Y los ojos, ¿por qué son opacos de noche
cuando necesitan ver más,
y por qué los ojos,
mis ojos,
apenas los veo
de tanto mirar mis tinieblas?

¿Por qué hiciste lo opaco, Señor?

¿Por qué eres opaco tú mismo
siendo Dios?

Opaco para mí que quiero verte,
que quiero quererte,
que quiero sonreírte viéndote,
viéndonos.

¿Por qué
la noche
existe para nosotros,
amigo Dios?

¡Ay, qué prisa tengo a ser claridad
en tu claridad
futura!

¿Es opaco el cielo?

¿Es opaca la materia,
mi materia?

A veces, Señor,
odio mis tamaños, mi estatura
opaca.

A veces, nada más.
Nada más, a veces.

Porque ya que soy barro, quiero serlo.

Quisiera ser como un cuerpo infinito,
ser el universo.

Quisiera ser toda la materia hecha cuerpo
mío,
hecha ternura de cuerpo con historia
ante tu ternura enternecida
mirándome,
mirándome cuerpo,
mirándonos.

Yo quisiera sentir los nervios de todas las luces
en mis nervios,
la armonía de los colores,
la novedad de todos los enamoramientos
en mis ojos.

Toda el agua del mar pudiera ser mis lágrimas
de querer
fundirme con la luz y lo distante
y no lograrlo.

Quisiera ser materia infinita
hecha ternura y claridad.

Pero existe lo opaco.

Señor de los porqués,
¿por qué?

Zaragoza, febrero de 1971.

Maytuca niña

A Maytuca Tena Comadrán, el día en que cumple siete años.

Cuando sonríes, niña,
entre pinares,
se estremecen las sombras
llenas de ángeles.

Cuando sonríes, niña,
cuando sonríes,
las palmeras preguntan,
y se sonríen.

Si te abrazas llorando
a tus muñecas,
se enternece la lluvia
sobre la hierba.

Y si corre y se cae
tu niño cuerpo,
un eclipse de lunas
guarda silencio.

Cuando te duermes, niña,
cuando te duermes,
sonríes, estás jugando,
juegan tus duendes.

Vuelan tus gaviotas
sobre la espuma,
cuando duermen los mares
de tu estatura.

Pasa el viento cantando
entre los chopos,
cuando miran los dioses
desde tus ojos.

Vuelan las golondrinas
y los vencejos,
vuelan desorientadas
en tus cabellos.

Arden las amapolas
entre tus labios,
cuando dices palabras
de siete años.

Cuando estrena el sosiego
sus extensiones
en las llanuras vivas
de tus colores.

De tu color de otoños
ensimismados,
de tu color de arenas
y de naranjos.

De tu color de siglos,
color de zumos,
color de amaneceres,
color de impulsos.

Juega en los arenales
de tus mejillas
la espuma marinera
de tus sonrisas.

Giran los girasoles,
gira tu rostro,
gira tu historia,
giran tus lloros.

Cuando sonríes, Mayte,
cuando preguntas,
contorsionas al mundo,
Mayte, Maytuca.

Cuando te enfadas, cuando
te precipitas,
desordenas el fuego,
la luz, la brisa.

Cuando rompes juguetes,
aunque se rompan,
el rocío sonríe,
sonríe y llora.

El rocío sonríe,
niña, el rocío,
cuando lloras tu pena
de haber nacido.

Cuando lloras tus risas
entre jilgueros,
se confunden las plumas
sobre tu alero.

Risas y risas, risas,
risas lloradas,
manantiales de luces,
esas tus lágrimas.

Manantiales de lagos,
de transparencias.
Transparentes misterios
de tu inocencia.

Desde tus ojos, niña,
altas penumbras,
desde tus ojos vienen,
Mayte, Maytuca,

Altas oscuridades,
niña morena,
necesita el espacio
de las estrellas.

Se necesitan sombras,
se necesitan
penas, penumbras, puentes
para las risas.

Se necesitan noches
para los ojos,
para el sueño y los sueños,
para el reposo.

Se necesitan muertes,
pobre Maytuca.
Muertes y nacimientos.
Esta es la ruta.

Todo acontece, cambia.
Sólo hay caminos.
Todo se va, se olvida.
Sólo hay olvidos.

Por eso, Mayte, Maytuca,
tus siete años
los convierto en palabra.
Es un milagro.

Es mi regalo.

Zaragoza, 20 de enero de 1971.

Yo soy del campo

Yo soy del campo,
pertenezco a la historia de las enredaderas
que caminan
abrazadas al sosiego.

Son míos los chopos con su estatura
de vientos.

Son mías las ramas donde anidan los jilgueros
con sus colores de música.

Son míos los trigales.
En todas las curvas
afectivas
de sus infinitos pulsos
van latiendo mis enamoramientos
de la tierra.

He buscado en la arena de los ríos,
en las márgenes inclinadas bajo el césped
de la alegría,
he tocado con mis dedos de carne
el corazón
de lo que mana
para dar caminos a los peces.

Recuerdo aquel sestear junto a los toros,
mi conciencia
del ritmo de la rumia
del tiempo
—rumia de la eternidad de la luz
serenada sobre la hierba y sus milagros—.

Recuerdo las angustias
iluminadas
del agua clara
de las norias
entre los surcos
agrietados:
las angustias de lo bueno por la historia
hacia la muerte dando vida.

Recuerdo las sorpresas de lo violento
de las alubias mansas.
Nacían en la guerra, roturando
la tierra y su estallido.
Nacían de la guerra hacia el sosiego
de lo verde
de sí mismas.
Nacían como el hombre:
desde la sangre y el desgarro
camino de la infancia y sus mejillas.

Yo he tocado,
lentamente,
los misterios de los nidos en la altura
ocultada,
los llantos de los verderones,
sus gritos sin diccionario,
ante mi injusticia criminal de niño
con ternura equivocada.

La víbora,
sigilosamente huyendo entre las zarzas
hacia las raíces,
entraba por mis ojos de niño amenazado
como un miedo a vivir entre los hombres.

Yo soy del campo,
pertenezco a lo duro de la tierra,
tierra yo mismo, mi tierra.

Pertenezco a la tierra,
y es semilla mi esperanza por los días
de morirme.

Yo pertenezco al reposo de lo llano,
al viaje del aroma y de lo verde.

Yo pertenezco al color caminante
de los otoños más rubios
y al polvo de las eras
sin aire.

Pertenezco al cansancio, a la rutina
del vivir de cada hombre.

Soy hermano de las lluvias
de la tristeza.

Soy peregrino con los vientos:
sin rostro.

Pertenezco al olvido.

Deshabito las distancias en invierno
con mis ojos,
que piensan.

Y habito los futuros de repente
con la luz
y los brotes
sorprendidos en su adolescencia
de tumultos.

Yo soy del campo.
De la belleza de las distancias
llenas de vendavales
libres.

Yo soy
como las torres:
estatura de campanas.

Soy como las torres, silueta
de noticias y de ritmos.
Silueta en el silencio entre campanas
encima de la muerte
invisible que recorre
las calles de la historia,
y yo lo digo.

Soy como las torres, rostro abierto,
abiertos ojos,
oídos esperando entre distancias,
esperando las horas de los hombres.

He nacido en Oteruelo de la Vega,
un otero pequeño en la llanura,
tan pequeño como una silla
pequeña
para poder mirar las distancias
sin caerse.

Estoy viendo ahora los humos detenidos
en los tejados de los recuerdos,
como emigrantes que no quisieran huir.

Recuerdo la velocidad negra de las crines
del caballo
de mi abuelo
con mi peso de niño,
con mis manos de niño
sonriendo a las distancias y a los chopos
y a la muerte
de tanto huir sobre las risas
de sentirme hombre.

Recuerdo
aquel toro negro mío,
aquella cerviz de metales encadenados
por la sangre,
encadenados a los ojos y a los cuernos
de la certidumbre.
Recuerdo los volcanes de aquel toro mío
de tres años
acorralando las praderas y los vientos,
empujando a los dioses de las distancias
hacia la guerra
de dioses,
junto al hombre, entre los niños.
Recuerdo el tamaño de lo infinito hecho sangre
en aquel toro mío *mandón*
que aturdía con su volumen de penumbras
incendiadas,
que aturdía de sombras
las llanuras y el sosiego.

Yo soy del campo,
pertenezco a las hojas caídas, soy abono
de recuerdos inútiles, abono de esperanzas
bajo nieves que limpian lo vivido.

Soy del campo,
hermano de los hombres de los campos
injustos
con los hombres.

Y hermano de las simientes,
hermano de las acequias que bendicen.

Voy con el agua
regando.
Voy ofreciendo
mis penas
a las distancias,
a las muchedumbres. Y nacen,
nacen de penas,
sonrisas.
Nacen de lluvias,
nacen de barros.
De barros nacen los hombres
con su prisa hacia la muerte.
Nacen entre los surcos
de las llanuras del tiempo circular.

Yo soy del campo,
lleno de piedras a veces, reseco
e inútil. Barbecho junto a la historia
que pasa
como olvidándome.
Que pasa manchándose con mi polvo de palabras
infecundas.

Pero a veces me siento
tan limpio
como una piedra
clara,
como una piedra
mojada
por el agua
de una noria muy fría.
Me siento limpio como la luz, como el agua,
como las piedras

desgastadas,
pulidas
por el tiempo
hacia la claridad de la muerte.

Yo soy del campo,
hombre del campo.
Hermano de la sangre inocente
de todos los animales
bendecidos
por su ignorancia
de pecado.

A veces quisiera copiar el salto del ternero
hacia la alegría de vivir
entre la luz de las distancias
del tiempo.

A veces quisiera ser tan veloz
como las crines negras
de los caballos frente a los aires
del porvenir
libre y sonoro.

Quisiera, a ratos, ser
sorprendente,
como los espinos con sus flores,
quisiera sorprenderme a mí mismo,
como los almendros periodistas,
como las amapolas adolescentes.

Ser a veces quisiera numeroso
como las muchedumbres amarillas
que se extienden sobre los prados,
en su silencio,
—salas abiertas de exposición

urgente
para los ángeles, los niños
y el cansancio herido de los hombres—.

Soy del campo,
por eso me conocen las alondras
cuando comienzo a decir mi eterno canto
único y vertical.

Por eso me conocen
las golondrinas
cuando juego con las palabras en los tejados
de los hombres
con goteras.

Por eso se me acercan los vencejos
de las ocurrencias y se marchan
con mis sombras
hacia luces repentinas.

Yo conozco los perros:
son como hombres sin bachillerato,
como amigos sin título
para hacer trampas.

Yo conozco la harina
y su silencio
y su tacto virginal.
Así será mi polvo entre la muerte.

He visto las raíces de mil troncos
cortados
agarrándose a la tierra y a sus dolores
de madre,
y he visto las esperanzas sin raíces
sobre el cascajo insensible
—pequeños árboles muertos para siempre
como niños—.

Sé que existen en el campo
las soledades
y los olvidos,
las encinas moribundas
que nunca mueren
y los rastrojos muertos que aún arañan
al hombre.

Sé que existe Dios
en el campo,
pero sin rostro, como los ángeles.
Como el amor cuando se olvida
de tanto mirar hacia lo triste.

Sé que existe Dios,
porque a veces baja con la nieve,
por unos días, nada más,
y todo lo bendice
—en el silencio—
hasta que lo pisamos.

Sé que existe Dios,
y que a veces se cae muy herido
como un pájaro
por el hombre.

Sé que Dios existe cuando lloran
los ojos
en el campo
hacia otros ojos
ausentes de los campos.

Sé que Dios responde cuando lloran
unos ojos
sin ser vistos por alguien.

Es la lluvia.

Es la lluvia
la respuesta de Dios a los que lloran
sin ser vistos.

Sé que Dios camina en los caminos
hablando con el hombre
que va solo.
Lo sé porque tropiezan sus pies
con los de Dios en cualquier curva
de penas.

Sé que Dios,
desde los campos
camina por el polvo con los vientos.

Hacia las ciudades Dios camina
por el aire y con la luz.

Camina hacia los hombres
de las ciudades.

Camina con los vientos, entra por las ventanas,
se detiene en las plazas,
y las limpia, las limpia de papeles
y contratos,
de leyes y de robos,
las limpia de besos y de gritos,
de sangres y saludos,
las limpia limpiamente cada noche.

Sé que Dios camina, desde el campo,
camina hacia las calles
de los hombres,
y sé que a veces entra
quizá
en algunas casas
con las cosas

del campo un poco ya manchadas.
Que entra y que alborota de alegría
a los niños de un mes que le sonríen.

Sé que Dios camina
por las aceras
y que los hombres le echan a la calzada
para atropellarlo
con sus máquinas de martarse
la inocencia.

Sé qué Dios no sale fotografiado
en los periódicos.
Se mancharía con la tinta de los hombres,
con los ojos.

Sé que no hay sitio en las cafeterías
para Dios,
que tose, tose, tose entre los humos
y los humores.
A veces sé que entra
para ver,
y que tose, tose y sale.

Sé que Dios no tiene ojos ni dinero
para mirar las películas
oscuras de los cines,
y que se marcha aburrido
y avergonzado —cuando le invitan—,
se marcha hacia los árboles de las montañas.

Sé que Dios no sube en los tranvías
porque le molestan las miradas curiosas,
a ver quién es, y cómo viste, Dios.

Sé que Dios no encuentra nunca taxi
porque es lento y poco hábil
para discutir con los que sufren.

Sé que Dios nunca se sienta para ser visto
en las terrazas.

Pero cada día Dios se limpia los zapatos
ante un limpiabotas que no lo conoce,
que no mira su rostro,
pero que le limpia para que pueda seguir caminando
—limpio— entre los hombres.

Sé que Dios de noche
se marcha de la ciudad
hacia las estrellas,
y desde lejos
mira, mira,
mira al campo.

Y hasta la ciudad,
desde las estrellas,
es campo para Dios.

Por eso mira.
Por eso se deja ver.

A veces es muy grande su rostro
y da sosiego de lunas.

Y se sosiegan los árboles.
Y se limpian a veces, con las estrellas,
las basuras de la ciudad.
Se limpian o se esconden.
Se tapan con las tinieblas,
madres de los astros.

Y a veces Dios se acerca
lentamente por lo oscuro y pasea
junto a las fuentes,
hasta que llega un borracho,
y está un rato con él. Están juntos.

Los que pasan no entienden las palabras
de la conversación y el sufrimiento.

A veces, hay mujeres,
en la ciudad,
que se encuentran a Dios en las esquinas
donde ellas iban a llorar.
O a pecar.

Y a veces, casi siempre, siempre
Dios espera a los muertos
para darles el primer abrazo
en el exilio.

Casi todas las noches
Dios va recorriendo todos los hospitales
con una monja
que no lo sabe,
que sólo sabe abrir despacio las puertas
de los enfermos,
y avisar al médico.

Dios es el susto del médico.
El susto del enfermo.
El sosiego de la monja.

Dios se pasa,
noches y noches,
trabajando con los obreros
que no pueden dormir con su mujer
ni jugar a emocionarse mirando cómo duermen
sus niños en lo blanco.

Dios,
noches y noches, se pasa
entre el ruido de los talleres,
a ratos entre blasfemias. Pero está allí,
por si acaso.

Cuando hay un accidente de carretera
Dios se precipita.
Es muy nervioso.
Es muy tierno y vale poca cosa
Dios
cuando sufre un hombre.
Se asusta Dios
y calla.
Escucha los gritos del dolor
por si dicen su nombre.

Entonces es como en el campo.

Cuando sabe la noticia la familia,
Dios la dice.

Dios la dice
y perdona a la ciudad.

Está como en el campo
Dios cuando los hombres
de la ciudad le necesitan.

Yo soy del campo
y vivo en la ciudad.
Y me sé muy bien a Dios,
su carácter, sus costumbres,
sus bromas,
y lo bueno que es Dios.

Su *hobby* es el dolor
del hombre.

Zaragoza, marzo de 1971.

La primera comunión de Teresita

A Teresita Parra Gerona.

DESTRENZABAN lentamente
silencios muy amarillos
unos ojos remansados
entre penumbras de siglos.

Entre penumbras de soles
quemados sobre una arena
hermana de los recuerdos,
hermana de las tristezas.

Congregábase lo blanco,
lo blanco de los rocíos,
se congregaba entre aromas
que nacían del olvido.

La iglesia tenía sendas
y rumor de catacumbas.
La iglesia encendía lumbres
de certezas y preguntas.

Se congregaba el recuerdo.
Se congregaban las alas
de la memoria, las brisas
más lentas de las naranjas.

Se congregaba el reposo.
Se congregaban las plumas
de lo amarillo más claro.
Se congregaban las dudas.

Se congregaban los zumos
de los limones más limpios.
Se congregaban presencias
de lo muerto, revivido.

Los hombres iban entrando
por las calles de su infancia.
Iban abriendo entre sombras
los surcos de su esperanza.

Los surcos de los recuerdos
iban arando, sus siembras.
Regresaban a las nieves
de su antigua sementera.

Iban subiendo los hombres,
Teresa de siete años,
iban subiendo a tus cumbres
hermanas de los naranjos.

Iban subiendo los hombres
por la cuesta del olvido.
Iban limpiando su vida,
el barro de sus caminos.

La nieve estaba cayendo
en tus montes de inocencia.
Iban cayendo los copos
de tus miradas, Teresa.

Ibas nevando tu nieve,
tus silencios sonreídos.
Iban tus copos cubriendo
los valles de lo vivido.

Tus padres agonizaban
agonías de memorias.
Agonías de recuerdos
luchaban entre las sombras.

Se derretían los ojos
como entre fuegos de sangres.
Se derretían llorando
en una tierra de nadie.

Los hijos eran los hijos
de la esperanza, retornos
de los sueños ya pasados,
hechos presencia y asombro.

Los hijos eran los ecos,
los nombres de lo infinito.
Las certezas encontradas
por la sangre en sus abismos.

Certidumbres de la vida
contra el tiempo moribundo.
Los hijos eran presencias
ya de pasados futuros.

Teresa, Teresa rubia,
rubia de miles de otoños.
Teresa, rubia Teresa,
milagro de los reposos.

Reposan los manantiales
lentamente en tus sonrisas.
Reposan las mariposas
posadas en tus mejillas.

Reposa la enredadera
en los muros de tu frente.
Reposan las golondrinas
en el umbral de tus dientes.

Reposa todo, Teresa,
todo el viento en las llanuras
de tus cabellos. Reposa
en tu misma piel de fruta.

Reposan los vendavales
en tus manos, y las fresas
maduran en los recodos
de tus jardines, Teresa.

Maduran entre tus labios
las guindas y los claveles.
Maduran llenos de sangre
caída sobre la nieve.

Palabras llenas de lunas
se caen, llenas de ritmos,
se caen sobre el silencio
de la noche en que vivimos.

Llenas de nieves y sangres.
Palabras, besos, palabras.
Se caen desde tus ojos
silencios, llenos de pausas.

Teresa, mástil, Teresa,
se caen desde el abismo
de Dios, hermano del hombre.
Cae la gracia de Cristo.

Todo hoy reposa en la nieve
del recuerdo y la esperanza.
Todo es verdad hoy, Teresa.
No lo olvides: "¡Todo es gracia!"

Zaragoza, 1970.

Eran almendros

En el tren, hacia Zaragoza.

ERAN almendros, blancas muchedumbres
sobre la tierra gris de la rutina.

Eran almendros, eran festivales
de la luz más reciente en las orillas
viejas de la soledad, eran tactos
sobre la oscura piel de la fatiga.

Avanzaban los trenes por el duro
aburrimiento opaco de la prisa.

Avanzábamos unidos en las sombras.
Marchábamos huyendo de las risas.

Marchaban con nosotros las penumbras
del recuerdo olvidado, las cenizas.

Los trenes machacaban la memoria.

La tarde iba volviéndose amarilla.

Mas de repente, blancos, convividos,
los almendros palabras repentinas
junto al hombre y sus cauces de tristeza
entre asombros de nieves repetían.

Eran almendros, eran certidumbres.

La tarde se paraba sensitiva
congregando la luz sobre lo blanco,
congregando sorpresas, sorprendida.

La luz por los caminos del aroma
vibraba entre temblores con la brisa.

La tarde era una fiesta de silencios
y flores en lo negro estremecidas.

La tarde era un concurso de penumbras,
de ausencias de campanas. De sonrisas.

Eran almendros, quizá enamorados
de repente del aire y sus mejillas,
de las trémulas sombras del olvido.

Quizá enamorados de agonías
de novios con la muerte, sobre el tiempo.

Eran almendros, lágrimas de niñas
abandonadas, solas, en el campo.

Eran almendros, eran cercanías
del hombre a sus raíces de esperanzas.

Eran almendros: ritmos que ascendían.

Eran constelaciones, eran pulsos,
naufragios de tinieblas, eran vivas
mansedumbres, sollozos de blancura,
procesiones nupciales, golondrinas.

Yo lo recuerdo, amigos, para siempre:
Las llanuras estaban como heridas.
Estaba vulnerado el pensamiento.

Estábamos heridos de alegría.

Febrero de 1970.

Canto humano a la primavera

El hombre está brotando por los brotes
de todo lo que brota en primavera.

El hombre está ascendiendo cuando suben
los chopos por su dardo de impaciencia.

El hombre está bajando cuando baja
por los sauces el ritmo de la pena.

El hombre está cubriendo sus desnudas
certidumbres con las enredaderas.

El hombre está gritando en sus abismos
cuando grita la muerte entre las peñas,

cuando rompe el silencio su estatura,
al rasgarse la nieve sus certezas.

El hombre está latiendo con los verdes
latidos de los valles, por veredas

de búsquedas, en surcos entreabiertos
como heridas o lágrimas que esperan.

El hombre va sembrando su futuro
en llanuras de días y paciencia.

Instante tras instante entre las sombras
de dos noches sin tiempo, que lo encierran,

el hombre se redime de lo opaco
a gritos de ventanas y creencias.

El hombre es un arcángel conmovido
por el pulso del tiempo de sus venas.

Un dios insuficiente que rebusca
los recuerdos, con hambre, y los apresa,

quizás, en un momento, y los olvida.
Un dios envejecido, primavera.

Un dios itinerante, dislocado,
un tiempo que se marcha y que se queda.

El hombre es como un vértigo de sombras
trenzadas con la luz en las palmeras.

El hombre es un impulso de raíces
de esperanzas, un tronco que se eleva.

El hombre es un cansancio entre los aires,
que deshojan las ramas de la espera.

El hombre es un otoño muy desnudo,
que sufre entre distancias su presencia.

El hombre es un invierno arrepentido.
Que brota por tus brotes, primavera.

Manantial de presencias

A don Victorino Aznárez, en sus bodas de oro sacerdotales.

No puedo recordar
tus llantos primeros repetidos
desde tu sed de existir.

Ni recuerdo tu primera sonrisa
junto al beso de tu madre estremeciéndose
infinitamente.

Ni tus palabras primeras
—imperfectas y escogidas por el amor—,
ni tus primeros pasos
más acá de los polvos de los siglos en que fuiste
innecesario,
ni tus primeras ignorancias en la escuela
comenzando a avergonzarte:
a convivir.

No recuerdo tus primeros nidos,
ni el escondimiento humano de tu conciencia de ellos,
ni tu revelación urgente a tu amigo total,
ni tus prisas por los montes desgastados
de sufrimientos.

Ni recuerdo tus tropiezos
al pensar,
al andar,
al esquivar
las zarzas del mundo,

al pisar sobre los cantos de los ríos de tu historia,
ni tus primeras nieblas
de deseos.

No puedo sentir la humedad de tus lluvias
entre el barro común de ser hombre.

Ni recuerdo las llanuras con toda su distancia
para tus ojos,
ni las cumbres fijas de tus cordilleras
con sus obsesiones de sombras,
de nieves y de ríos.

Pero sé que un día,
al mirar lo redondo de una piedra,
o el verde imantado de los cipreses,
o la terca enredadera
sobre un cementerio sin nombres,
o, quizá, las amapolas precipitadas
sobre unos trigales
mansos.

Sé que un día,
quizá lentamente,
como cuando crecen los rosales hacia unos ojos tristes,
como cuando caminan los viejos hacia su infancia,
como cuando las estrellas escuchan sus ritmos
de soledad,

un día,
quizá lentamente,
quizá como sin calles,
como niebla de cenizas,
o como atardeceres sin rasguños y con ascuas
de otoños deprimidos,

o como los deseos sin concretar,
sin fecha,
sin reloj,

sé que un día
estaba Dios más cerca de ti,

y que tú
temblabas,

sin saber si eras un temblor de espiga
en las riberas del tiempo,
o un nerviosismo de viñas
sobre los alcores de la esperanza,
o un grito de chopos altos huyendo de la soledad,
buscándola,
o eras un temblor de fiebre en una carne
acorralada.

Sé que un día
dormiste hacia lo disuelto,
hiciste una excursión hacia tus fronteras últimas
donde te esperaba Dios.

Dios estaba riendo junto a tu carne,
en tu misma carne de niño,
de joven escarcha.

Sé que un día
todos los ángeles se contaban tu noticia,
se aturdían de alas,
se enmudecían de esperas,
hasta que dijiste que sí,
que serías un manantial
de presencias.
De misterios.

Y pasó aquel día.
Creció aquel día.
Como crecen las llanuras al amanecer
por el horizonte

—con prisa y sin cadenas—,
como crece el mismo mar junto a un barco
que lo extiende
al alejarse.

Sé que un día pasó por el mundo
tu voluntad de salvarlo,
y sé que el mundo giraba aquella tarde
locamente,
giraba en torno a Dios,

estremeciéndose entre las estrellas
incendiadas;

sé que el mundo aquel día
estaba enfebrecido en sus entrañas
y que los sabios
lo explicaron
equivocadamente.

Sé que no eran volcanes aquellos fuegos, no.
Sé que un día se quemaba la tierra misma
con tus sangres
y otro con tus manos de promesas.

Y sé también que otro día,
que otro año,
la primavera llegó adelantadamente,
inesperadamente,
en la soledad de las ideologías y los libros
de los hombres,
y que se sorprendieron riendo
hasta los mismos almendros
obsesionados de prisas.

Y sé que Dios lo supo al verlos estallados
bajo la luna clara
de las tristezas,

y que te dio más ojos,
ojos de metales,
ojos más llenos de luces heridas,
de rocíos,
para ver la presencia suya,

la presencia de Dios sobre las cosas
de tu costumbre:

los barrancos mutilados,
las nieblas desgarradas,
los nidos redondos
y las mariposas sin matemáticas,

los árboles envejecidos,
las nieves sin bautismo,
los fuegos irritados siempre,

y los céspedes extensos.

Sé que un día tú mirabas el rostro de Dios
en su sala de estar,

de estar en cada cosa para ti,
en sus rincones de mejor decoración,
en el terso relincho metálico
de un potro ardiente sobre la distancia
iluminada,
en los saltos de un ternero
dibujando alegrías
de ángeles
con su belleza de carne,

o en las curvas mismas del dolor de las serpientes,
de las tímidas culebras,

o en las velocidades repentinas
y arcanas
de las liebres sobre el miedo.

Sé que un día cada cosa era una mirada
de Dios,
una visita de Dios
a ti,
que lo estabas esperando.

Pero sé también que llegaron noches
y retrasos,
ausencias y
silencios,
noches opacas,
bloques de oscuridad,
garfios de la nada y sus vacíos,
densidades de angustia
en tu sala de espera
desesperada.

Sé que caminaste kilómetros de cariño a Dios
sin verlo.

Y sé también que la noche,
por ser noche nada más,
pasó,
se destrenzó a sí misma,
desolló su carne negra
hacia un amanecer con pájaros y lagunas.

La nieve de Dios se posó en tus llanos
de ideas.
El viento de Dios
cruzó por tus cumbres
de búsquedas.
El fuego de Dios encendió tus bosques
de inquietudes.

Y todo se hizo tiempo
en ti,
tiempo de Dios
en tu espacio
de materia viva,
en tu tienda de palabras.

Tienda peregrina la tuya,
la de Dios en tus lonas bajo el cierzo.

Tiempo de Dios contado minuto a minuto
en tus pulsaciones de misterios.

Tiempo de Dios
hecho historia
en tus cincuenta años de sacerdocio,
historia de la religión de algunos hombres,
historia de tu cuerpo desgastándose
para lo Absoluto
Invisible,

historia de esperanzas enroscadas
en hombres
desde un evangelio predicado por ti.

El tiempo de la estancia de Dios
entre algunas personas de carne y hueso
ha sido,
nada más,
presencia tuya.

El soplo de Dios ha respirado
con el pulmón de tu congoja,
en las galerías humanas del mal.

La fatiga de Dios se ha cansado en tus huesos
semi-abandonados.

La risa de Dios ha reído en tus palabras
acostumbradas a bendecir,
y todo el llanto
imposible de Dios
ha sido lágrima en tus mejillas
de hombre moribundo.

Tú has dado tu carne y tus límites
al espíritu de Dios,
que se cernía sin materia
sobre otros hombres de materia.

Cincuenta años de realquiler de tu casa
por Dios mismo,
el Gran Inquilino de la Tierra.

Has puesto con tu voz de milagro,
con ese trueno tímido de la Consagración Eucarística,
con ese relámpago de palabra casi silencio,
la carne del Hijo del Hombre
sobre las piedras sagradas
en que se asustan los arcángeles.

Has perdonado con tus manos pecadoras
los pecados de tus amigos,
de tus enemigos,
que reconocían su propio mal
ante ti,
avergonzado,
trascendido.

Has volcado tu esperanza,
tu esencia,
sobre los moribundos,
que tenían poco trato con Dios,
tu amigo.

Has bendecido el amor humano,
el tembloroso quererse y temerse
de la pareja humana,
sedienta de eternidad y de plenitud
y consciente del mal y del cansancio;

los has bendecido
como se bendice una sementera
sedienta de lluvias
y atacada de vientos desconocidos.

Has hablado de Dios
con tus palabras de Dios apenas tuyas.

Has entrado en las cabañas del poblado humano
desgarradas por los aceros del mal.

Sacerdote:
cincuenta años junto al altar
entre el pueblo de Dios y Dios mismo,
de intérprete y de compañero
solitario.

Cincuenta años de turgencia sacra,
de quemaduras del mal,
de ustión eucarística.

Por eso hoy,
yo,
sin conocerte,
sin cruzar mis ojos con los tuyos,
pero caminando por los túneles
de tu misterio comunicado con el mío,
acercándome desde mis costas
a tus costas
paralelas,

yo beso tus manos,
tus sagradas manos presentadoras
de presencia de Dios,
beso tus manos,
que son ya reliquia
—reliquia moribunda—,
las beso
con los labios de todos los que han saludado a Dios
después de tus palabras,
con los labios de los vecinos de Dios
presentados a El por ti,

y con la sangre de todos ellos
encendida en mis venas,
ensangrentada en mí
en este momento de plenitud creyente,

en la Fiesta de Todos los Santos,
de todos tus santos,

en tu presencia deseada,

yo,
humilde barro que respira y cree
beso ese altar que tú eres
—tan piedra ya tus huesos—.

Yo sé que al tocar tu cuerpo con mi cariño
sonríe Dios,
y suelta multitudes de ángeles
en esa sala
donde aún respiras y crees,
multitudes de lágrimas en tus ojos,
que caerán hacia la tierra bendecidas
desde tu historia,
caerán como simientes
ocultándose
hacia lo futuro.

Don Victorino,
en este mi canto
de ignorancias y de libertades
para tus cadenas de dolor,

en este mi canto de imaginaciones
enfurecidas en amarte
por tu fe y por tu historia
de fidelidades,

falta un último verso,
serenado y pleno de tu verdad con límites.

Lo hará Dios, cuando te abrace, hermano.

Zaragoza, 1967.

Lo eterno

Cuando las amapolas
queman la tarde,

el tiempo se muere vivo,
se muere el aire.

Se mueren dioses, mueren
hasta los ángeles.

Sólo vive lo eterno
de mis instantes.

Escojo al hombre

A Francisco Sevilla Benito,
mi amigo en Salamanca.

De todos mis recuerdos
escojo el aire;
su verde mansedumbre,
sus vendavales.

Escojo las alturas
de aquella roca
que elevaba los fuegos
de una amapola.

Escojo los pinares
con sus distancias,
con su asombro de luces
y de palabras.

Escojo las encinas,
sus pudredumbres,
su costra de cansancios,
de almas que sufren.

Escojo las montañas,
las sierras limpias;
los límites del hombre
cuando las mira.

Escojo las preguntas
de aquel amigo
cuando mató la muerte,
mató a su niño.

De todos mis recuerdos
escojo al hombre,
la presencia y la historia
de algunos nombres.

Tiempo y distancia en Candanchú

Todo es blanco. Ternura
congregada y ascendida.

Eternizadamente
mis ojos no sollozan,
extienden la tristeza
sobre un silencio vivo
que puebla las distancias.

Todo es blanco, desnudo
cuerpo inmenso en reposo.

Reposa sobre cumbres
desiguales lo sacro:
la nevada y sus dioses.

Todas las catacumbas
con sus tinieblas tercas
se han arrepentido.

Todo el miedo del mundo,
el miedo de los pobres,
el miedo de los ricos,
las cárceles, las llagas
creciendo hacia los muertos,
el grito de la vida
al vivir, al morirse,

el olor del suburbio,
las basuras, los gestos
ignorantes, los charcos,
los escombros, las zarzas,
los borrones, los besos
sin noticia, los bailes
con lágrimas y furias,

aquí se han suprimido
para los ojos mansos
que olvidan los reptiles
sobre un tiempo con alma.

La nieve está extrayendo
las espinas del hombre
desde un temblor de blancas
y palpitantes manos.

Se aquietan bajo espumas
las montañas que sufren.

Reposan en lo lento
las cordilleras lentas.

Se remansan los siglos.
Se sumergen las sombras.

Alientan plenitudes.

Resbalan las distancias
sobre las rocas fijas.

Resbalan las alturas.

Resbalan sobre el tiempo
los hombres, la memoria.

Resbalan las miradas
de las chicas. Descienden.

Descienden uno a uno
los deseos con nombre.

Resbalan sobre el tiempo
las prisas de la espera,
el dolor de lo vivo.

Resbalan muchedumbres
solitarias callando.

Resbalan esqueletos
futuros, perseguidos
por su peso de muerte,
por sus resurrecciones.

Hombres, hembras, más hombres,
separados, se caen,
existen en la historia.

Se caen y levantan.
Levantan esperanzas.

Se congregan los rostros.

Se separan y vuelven
a juntarse las penas
de los enamorados.
Persiguen lo futuro.

Todo lo convivido
se congrega en los valles,
concentra sus ternuras,
resume sus memorias,
y se queda entreabierto,
vulnerado de risas

empezadas, de labios,
vulnerado de castas
comuniones, y vivo
ya de tan conviviente.

Se congrega en el hombre.
Regresa a sus hogares.

Las certidumbres tiemblan,
duelen, resbalan, brillan,
se escurren con los huesos.
Se escurre lo seguro.
Resbalan las certezas
del esquí, con sus largas
seguridades frágiles.

Resbalan y se caen.

Resbala lo sabido,
lo cierto, hacia las dudas.

Sólo las cordilleras
su equilibrio uniforme
perpetúan callando
en lo distante unido.

Mis ojos seleccionan
siluetas que bajan,
que huyen de sí mismas,
siluetas de cuerpos
que por huir se caen.
Siluetas del alma.

Y todo lo mirado
se adentra, por caminos
de sangre amenazada,

en la memoria mía,
en mi tristeza hermana
de la blancura blanca.

Se adentra por mi sangre
lo intáctil, y retorna,
ya vivido en mis ojos,
a la extensión extensa
de la distancia viva.

Retorna mi conciencia.

Se extiende mi memoria
en la extensión distante,
y estreno lo infinito.

Inauguro campanas.

Es viva la presencia
virgen de las vertientes
congregando los tactos.

Es viva la hendidura
terca del río mudo
con su ritmo de lentos
cisnes acorralados
por una paz de plumas,
de nidos, y de alfombras,
de almendros, de almohadas.

Y, de pronto, más nieve.

Peregrinan los copos
con su ritmo de copos
que caen sobre copos,
dudando mientras caen,
buscando como plumas

desplumadas, sin aire,
cayendo y sonriendo,
huyendo entre mis dedos
incapaces de abrazos,
posándose en mi frente,
tardando mientras caen,
dejando mil presencias
bendecidas de asombros.

Doliendo, suaves, vivos,
cayendo apenas, vacuos,
riendo entre mis ojos
que preguntan, que tocan,
que miran, que se ciegan
de mirar tan con alma
a estos cuerpos errantes
—niños ya moribundos—
que tiemblan, que se turban
de milagros, que dicen
los pudores del tacto,
que vibran, que respetan,
que huyen, se diluyen
en un silencio unánime
de arcángeles y harinas.

Candanchú: desniveles
de rocas y de vientos.

Equilibrios rodantes.

Respetos congregados.

Humanidades altas.

Candanchú del reposo:
blancuras convividas
con desniveles. Aires,
balanceos, vislumbres.

Rocas, cuerpos, fantasmas.

Copos, copos. Y copos
estremecidos. Nadas.
Muchedumbres. Sosiegos.

Mi soledad convive
con distancias y rostros.

Mi soledad repuebla
estos montes hermanos.

Mi soledad convive.

Mi soledad asciende.

Mi soledad reposa.
Con la nieve, mi hermana.

Mi soledad camina.
Con el río, mi hermano.

Candanchú: soledades
conviviendo con hombres.

Todo el dolor del mundo
quiere ser nieve hermana.
Todo el ritmo del mundo.

Todo el temblor del hombre
es un temblor de hermanos,
de copos, que se caen.

Un estremecimiento;
que huye de la nada.

Candanchú, Candanchú:
nieves como muchachas,
muchachas como nieves.

Ojos, ojos y copos,
llanuras inclinadas
hacia un silencio limpio
que termina en el hombre.

Ojos, ojos y copos
deshabitando el mundo.

Ojos, ojos y copos
y sangre enloquecida.

Nervios, huesos y hierros,
maderas y fracturas.

Y sobre lo más blando,
el clamor de lo vivo:
la sangre. Abandonada.

Viene la noche. Llega.

Llega con su presencia.

Llega lo hondo. Cruje.

Numerosas tinieblas
deshilachadas andan.

Sobre los copos crecen
como cadenas, fibras,
urdimbres o ramajes.

Lentamente se juntan
bosques negros. Levantan
las sombras sus tamaños.

Se contorsiona el cosmos.

Brazos de chopos grises,
brazos de vientos negros,
brazos de galerías.

Túneles verticales
descienden. Y marañas.

Peregrina lo opaco.

Va creciendo la noche,
la conciencia, el olvido.

Va creciendo lo oscuro
de la memoria. Luchan
los recuerdos helados
por lo ausente. Combaten.

Combate la esperanza.

Vuelve el recuerdo. Surge
entre olvidos la luna.

Vibran las claridades.

Vencen, vencen callando.

Las estrellas reposan.

Reposan descendiendo.

Reposan ascendiendo
las nieves a los montes,
ascendiendo a lo oscuro,
a salvarlo. Reposan.

Reposa la alegría.

Reposa la distancia
en el silencio, emergen
las certezas, las risas
de los niños, emergen
los enamoramientos.

Se convocan las plumas.

Se acerca lo lejano
a las miradas mías.

Se acerca a lo divino
mi estatura de sueños,
mi tamaño de impulsos,
mi tiniebla de carne.

Se agrupan tiritando
mis soledades buenas.

Se enganchan ateridas
a mi copo de nada,
a mi anonadamiento.

Se agrupan las personas:
los pesos y los copos
de la existencia breve.

Descubren los humanos
que al mirarse proyectan
sus nadas solitarias.
Descubren que se quieren.

Se quieren al medirse
los hombres su agonía.

Se quieren al mirarse
ceñidos por la nieve,
ceñidos por tinieblas.

Nieves y sombras. Nieves
del hombre, peregrinas
por lo oscuro: cristianas.

Y estrellas, muchas, muchas
estrellas sufridoras
y telegrafiando
dolores a la nieve,
palabras muy gemidas,
lento ritmo de lumbres.

Palabras incendiadas
por un Dios en lo opaco
de sus grandes misterios.

Estrellas, lejanías,
y estaturas de nieve.

Candanchú anochecido.

Candanchú amenazado.

Grandes silencios. Noche.

Silencios. Gran silencio.

Instantes. Más instantes.

Tiempos comunicados.

Tiempo. Nieve. Y más tiempo.

Puro tiempo muy virgen.

Tiempo sin tactos. Puro.

Densidades de esperas
eternizando al hombre.

Emerge la distancia.

Clara, blanca. Muy blanca.

Amanece, amanece.

Para Ti, Dios sin rostro.

Para Ti, Dios oculto.

¡Para mí: un dios rezando!

En recuerdo de un día breve de plenitud silenciosa en el Pirineo aragonés.

Zaragoza, primavera y otoño de 1970.

INDICE

Pág.

Como un desgarramiento de barro 7

Maytuca niña 17

Yo soy del campo 21

La primera comunión de Teresita 35

Eran almendros 39

Canto humano a la primavera 41

Manantial de presencias 43

Lo eterno 55

Escojo al hombre 57

Tiempo y distancia en Candanchú 59

Se acabó la impresión de **Distancias** el día 22 de abril, víspera de la festividad de San Jorge.

LAUS DEO

C O L E C C I O N

« S A N J O R G E »

1

ROSENDO TELLO AINA

Fábula del tiempo

2

GUILLERMO GUDEL

Egloga nueva de la tierra propia

3

JORGE JUAN EIROA

Tierra adentro

y

Ese extraño temblor

4

MIGUEL LUESMA CASTAN

En el lento morir del Planeta

5

ANTONIO CASTRO Y CASTRO

Distancias

DIPVTACION·DE·ZARAGOZA·INSTITVCION·FERNANDO·EL·CATOLICO·DE·LA·EXMA·

C. S. I. C.